

Las siguientes páginas son el relato hecho por el doctor Assheton sobre la Cosa en el Salón. Tomé notas, tan copiosas como me lo permitió la rapidez de mi mano, de su dictado. Posteriormente le leí esta narrativa en su forma transcrita. Esto fue el día anterior a su muerte, lo que probablemente ocurrió dentro de una hora después de haberlo visto. Como recordarán algunos lectores aficionados a las páginas policiales de los periódicos, tuve que presentar pruebas ante el jurado forense.

Solo una semana antes, el doctor Assheton también tuvo que presentar pruebas similares, pero como experto médico, con respecto a la muerte de su amigo, Louis Fielder, cuya muerte sería igual a la suya. Como especialista, dijo que creía que su amigo se había suicidado debido a una deficiencia mental. El veredicto fue presentado en consecuencia. Pero en la investigación sobre el cuerpo del doctor Assheton, aunque las circunstancias fuesen las mismas, presentaba más espacio para la duda.

Estoy obligado a decir que, solo poco antes de su muerte, leí el texto que sigue, corregido por el doctor con extrema precisión en ciertos detalles:

—Como especialista en cerebro —dijo—, estoy bastante seguro de que estoy completamente cuerdo y que estas cosas sucedieron no solo en mi imaginación, sino también en el mundo real. Si tuviera que dar evidencia nuevamente sobre el pobre Louis, me vería obligado a tomar una línea diferente. Anótelo al final de su relato, o al principio, si lo prefiere.

Habrà algunas palabras que deberé agregar al final de esta historia, y algunas palabras de explicación deben precederla. En resumen, son estas:

Francis Assheton y Louis Fielder estaban juntos en Cambridge, y allí formaron una amistad que duró casi hasta sus respectivas muertes. En general, no hay dos hombres que pudieran ser menos parecidos, ya que mientras el doctor Assheton se había convertido, a la edad de treinta y cinco años, en la primera y última autoridad en su materia, que eran las funciones y enfermedades del cerebro, Louis Fielder, a la misma edad, estaba en el umbral de sus mayores logros.

Assheton, aparentemente sin ningún tipo de brillantez, había llegado con un trabajo cuidadoso e incesante a la cima de su profesión, mientras que Fielder, brillante en la escuela, en la universidad y brillante después, nunca había hecho nada. Estaba demasiado ansioso, según sus colegas, y rara vez se entregó al paciente trabajo de investigación; siempre prefirió intuir, arriesgar hipótesis, e incluso tratar de iluminar el trabajo de los demás. Pero en el fondo, los dos hombres tenían un interés común en

común, a saber: una curiosidad insaciable por lo desconocido.

Ambos, hasta el final, fueron absolutamente intrépidos. El doctor Assheton se sentaba al lado de la cama del hombre afectado por la peste bubónica para notar pequeños cambios en él, del mismo modo en que Fielder estudiaría rayos X una semana, máquinas voladoras la próxima y espiritismo la tercera.

El resto de la historia, creo, se explica por sí misma, o no lo hace. Esto, de todos modos, es lo que le leí al doctor Assheton, siendo la narración conectada de lo que él mismo me había contado. Es él, por supuesto, quien habla.

Después de regresar de París, donde había estudiado con Charcot, establecí la práctica en casa. La doctrina general del hipnotismo, la sugestión y la cura por tales medios había sido aceptada incluso en Londres en ese momento, y, debido a algunos documentos que había escrito sobre el tema, junto con mis diplomas extranjeros, descubrí que estaría muy ocupado. Casi tan pronto como llegué a la ciudad. Louis Fielder tuvo sus ideas sobre cómo debería hacer mi debut (porque tenía ideas sobre todos los temas, y todas ellas originales), y me suplicó que viniera a vivir, no en la fortaleza de los médicos, Plaza Cloroformo, como él la llamó, sino en Chelsea, donde había una casa vacía junto a la suya.

—¿A quién le importa dónde vive un médico —dijo—, siempre que cure a la gente? Además, no crees en viejos métodos. Y hay una atmósfera de muerte en Plaza Cloroformo. Ven, la mayoría de las noches tendré mucho que contarte.

Ahora, si has estado en el extranjero durante cinco años, es agradable saber que todavía queda algún amigo íntimo en la ciudad, y, como dijo Louis, tener ese amigo íntimo al lado es una excelente razón para mudarse. Sobre todo, recordé los días de Cambridge, lo que significaba quedarse cerca de Louis.

Hacia la hora de acostarse, cuando terminaba el trabajo, llegaría un paso rápido en el rellano, y durante una hora, o dos, estaría lleno de ideas. Simplemente difundía conocimiento e inquietudes. Donde quiera que fuera, alimentaba tu cerebro, que es lo único que importa en definitiva. La mayoría de las personas que están enfermas, lo están porque su cerebro se muere de hambre, y el cuerpo se rebela y contrae lumbago o cáncer. Esa es la principal doctrina de mi trabajo: toda enfermedad corporal surge del cerebro.

Es simplemente el cerebro el que tiene que ser alimentado, descansado y ejercitado adecuadamente para que el cuerpo esté absolutamente sano e inmune a todas las enfermedades. Pero cuando el cerebro se ve afectado, es lo mismo verter los medicamentos en el fregadero que hacer que el paciente los trague.

Le dije algo parecido a Louis una noche, cuando, al final de un día ocupado, había cenado con él. Estábamos sentados tomando un café en el pasillo, o como se llame el lugar donde él toma sus comidas. Su casa es como la mía, y otras diez mil casas pequeñas en Londres, pero al entrar, en lugar de encontrar un pasillo estrecho con una puerta a un lado, que conduce al comedor, que nuevamente se comunica con una pequeña habitación trasera, llamada «el estudio», tuvo la sensatez de eliminar todas las paredes innecesarias y, en consecuencia, toda la planta baja de su casa es una habitación, con escaleras que conducen al primer piso.

Justo cuando acababa de hacer algunas observaciones comunes sobre el efecto del cerebro en el cuerpo y los sentidos, se produjo un fuerte golpe, en algún lugar cercano, eso fue sorprendente.

—Deberías silenciar ese timbre —dije—, al menos durante la comida.

Louis se echó hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No es el timbre —dijo—. Hace una semana dijiste lo mismo, así que lo quité. Pero escuchaste un golpe, ¿verdad?

—Sí.

—Tranquilo. No son visitas.

Ahora bien, si hay algo que el hipnotizador, el creyente en influencias inexplicables, detesta y desprecia, es la noción fundamental del espiritualismo. Las drogas no se oponen más a su creencia que la idea explotada y desacreditada de la influencia de los espíritus en nuestras vidas. Y ambos están desacreditados por la misma razón; es fácil entender cómo el cerebro puede actuar sobre el cuerpo, así como es fácil entender cómo el cuerpo puede actuar sobre el cerebro, de modo que no hay más dificultad en la recepción de la idea de que la mente puede dirigir al cuerpo. Pero que los espíritus deban golpear los muebles y desviar el curso de los acontecimientos es tan absurdo como administrar fósforo para fortalecer el cerebro. Eso fue lo que pensé entonces.

Sin embargo, estaba seguro de que era el cartero. El ruido era típico. Al instante me levanté y fui hacia la puerta. El cartero estaba subiendo los escalones. Me dio las cartas en la mano.

Louis estaba tomando su café cuando volví a la mesa.

—¿Alguna vez has intentado girar la mesa? —preguntó—. Es bastante extraño.

—No, y no he probado las hojas de violeta como una cura para el cáncer —dije.

—Oh, prueba todo —dijo—. Sé que ese es tu plan, al igual que el mío. Todos estos años que has estado fuera, has intentado todo tipo de cosas, primero sin fe, luego con un poco de fe, y finalmente con fe en las montañas. ¿Por qué no creías en el hipnotismo cuando fuiste a París?

Tocó la campana mientras hablaba. Su criado se acercó y limpió la mesa. Mientras tanto, paseamos por la habitación, disfrutando al Bartolozzi que Louis había comprado en el New Cut, y un silencio absoluto ante la Perdita que había adquirido a un costo considerable. Luego se volvió a sentar a la mesa en la que habíamos cenado. Era redonda, pesada, de caoba, con un pie central dividido en garras.

—Prueba su peso —dijo—. Mira si puedes empujarla.

Así que sostuve el borde de la mesa en mis manos y descubrí que podía moverla. Pero eso era todo; se requería el ejercicio de una fuerza superior para agitarla.

—Ahora coloca tus manos encima —dijo—, y veamos qué puedes hacer.

No pude hacer nada, naturalmente, mis dedos simplemente se deslizaron sobre la superficie de la mesa. Protesté ante la idea de pasar el resto de la noche así.

—Prefiero jugar ajedrez —le dije—, o incluso hablar de política, que jugar con la condenada mesa.

Louis asintió con la cabeza.

—Solo un minuto —dijo—, pongamos nuestros dedos solo en la parte superior de la mesa y empujemos con todas nuestras fuerzas, de derecha a izquierda.

Empujamos, al menos yo empujé, y observé sus uñas. De rosa crecieron a blanco, debido a la presión que ejerció. Así que debo suponer que él también presionó. Una vez, mientras lo intentábamos, la mesa crujió. Pero no se movió. Luego vino un rápido golpe perentorio, no pensé en la puerta principal, sino en algún lugar de la habitación.

—Es la Cosa —dijo.

Hoy, mientras escribo esto, supongo que pudo haberlo sido. Pero esa noche sentí que mi amigo vadeaba las orillas de lo absurdo.

—Durante cinco años, de vez en cuando, he estado estudiando el espiritismo —dijo—. No te lo he dicho antes porque quería presentarte ciertos fenómenos que no puedo explicar, pero que ahora me parecen estar bien controlados. Verás y escucharás, y luego decidirás si me ayudarás.

—Y, seguramente para dejarme ver mejor, apagarás las luces —dijo.

—Sí. Ya verás por qué.

—No lo dudo, pero en calidad de escéptico.

—Las luces, por favor —dijo.

Al momento siguiente, la habitación quedó a oscuras, excepto por el tenue resplandor del fuego. Las cortinas de las ventanas eran gruesas, y ninguna iluminación de la calle las penetraba. Los familiares sonidos de los peatones y el tráfico rodado entraban amortiguados. En ese momento estaba al lado de la mesa, junto a la puerta; Louis estaba frente a mí, porque podía ver su figura ligeramente recortada contra el resplandor del fuego.

—Pon las manos sobre la mesa —dijo—. Delicadamente.

Todavía protestando en espíritu, aguardé. Podía escuchar su respiración más bien acelerada, y me pareció extraño que alguien pudiera encontrar emoción al pararse en la oscuridad sobre una gran mesa de caoba, esperando.

A través de las puntas de mis dedos, apoyadas ligeramente sobre la mesa, comenzó a producirse una débil vibración, como la del mango de una tetera cuando el agua comienza a hervir en su interior. Esto se hizo gradualmente más pronunciado, y violento, hasta que fue como el latido de un automóvil. Parecía emitir una nota grave, un zumbido. Entonces, de repente, la mesa pareció resbalar bajo mis dedos y comenzó a girar muy lentamente.

—Mantén tus manos en contacto con la mesa, muévete con ella —dijo Louis, y mientras hablaba vi que su silueta pasaba frente al fuego, moviéndose mientras la mesa se movía.

Por unos momentos hubo silencio, y continuamos, de manera bastante absurda, dando vueltas, bailando, por así decirlo, con la mesa. Entonces Louis volvió a hablar, y su voz temblaba de emoción.

—¿Estás ahí? —dijo.

No hubo respuesta, por supuesto, y volvió a preguntar. Esta vez llegó un golpe, parecido al que se oyó durante la cena. No sé si fue la oscuridad, o mis sentidos agudizados por la falta de luz, pero me pareció que el golpe era mucho más fuerte que antes. Tampoco parecía venir de aquí ni de allá, sino que se difundía por la habitación.

Entonces cesó el curioso giro de la mesa, pero el latido intenso y violento continuó. Mis ojos estaban fijos en ella, aunque debido a la oscuridad no podía ver nada, cuando de repente una pequeña mota de luz se movió sobre la superficie de madera. Por un instante vi mis propias manos.

Luego aparecieron otras motas de luz, muchas más, como chispas de fósforos que se encienden en la oscuridad, o como luciérnagas de fuego cruzando el anochecer en los jardines del sur. Entonces llegó otro golpe, un estruendo, más bien, rotundo, y la palpitación de la mesa cesó. Las luces se apagaron.

Tales fueron los fenómenos en la primera sesión en la que estuve presente, pero debe recordarse que Fielder había estado estudiando (esperando, así lo definió) durante algunos años. Para adoptar un lenguaje espiritista (aunque en ese momento estaba muy lejos de hacerlo), él era el médium, yo simplemente el observador, y todos los fenómenos que había visto esa noche eran, en cierto modo, habituales. Hago esta diferenciación ya que él me dijo que algunos de estos fenómenos ahora parecían estar completamente fuera de su control. Los golpes vendrían cuando su mente, por lo que él sabía, estaba completamente ocupada en otros asuntos, y algunas veces incluso había sido despertado por ellos. Las luces también eran independientes de su voluntad.

Ahora, mi teoría en ese momento era que todas estas cosas eran puramente subjetivas, y que lo que expresó al decir que estaban fuera de su control significaba que se habían fijado y arraigado en su inconsciente, de lo que sabemos que sí poco, pero que, cada vez más, vemos desempeñar un papel sumamente importante en la vida del hombre.

De hecho, no es exagerado decir que la gran mayoría de nuestros actos, aparentemente, surgen del inconsciente, es decir, sin que nuestra voluntad intervenga en el proceso. Toda audición es el ejercicio inconsciente del nervio auditivo, todo lo que se ve, de la óptica; todo caminar, todo movimiento ordinario, parece hacerse sin el ejercicio de la voluntad de nuestra parte. Además, si adoptamos una nueva exigencia motriz, el patinaje, por ejemplo, el principiante aprenderá con caídas, desde luego, pero a las pocas horas de haber encontrado su equilibrio, no pensará más.

Para el especialista en cerebros todo esto era muy interesante, y para el estudiante de hipnotismo, como lo fui yo, aún más porque (tal fue la conclusión a la que llegué después de esta primera sesión) el hecho de haber visto y oído exactamente lo que Louis vio y escuchó probaba la realidad de la transferencia de pensamiento; algo que ni siquiera presencié en todos mis años en las escuelas de Charcot.

Sabía que yo mismo era extremadamente sensible a las sugerencias. Aquella noche creí ser únicamente el receptor de sugerencias tan vívidas que las visualicé y las escuché realmente, aunque sin dudas estos fenómenos existían solo en el cerebro de mi amigo, y desde allí transferidos al mío.

Hablamos sobre lo ocurrido arriba. Su opinión era que la Cosa intentaba comunicarse con nosotros. Según él, fue la Cosa la que movió la mesa y la golpeó, y nos hizo ver destellos de luz.

—Sí, pero la Cosa —interrumpí—, ¿qué quieres decir con eso? ¿Un alma fallecida? ¿Alguien conocido, tal vez? Oh, he visto aparecer a tantos parientes en las sesiones de espiritismo, y he escuchado tantos de sus espantosos tópicos? Si, en efecto, es un espíritu: ¿el espíritu de quién?

Louis estaba sentado frente a mí, y en la mesita delante de nosotros había una luz eléctrica. Al mirarlo, vi que sus pupilas se dilataban de repente. El médico en mí pensó que siempre que hay un cambio en la dilatación de los ojos, no producido por un cambio brusco en la intensidad de la luz, solo podía significar una cosa: terror.

Mi amigo se levantó y se paró frente al fuego.

—No. No creo que sea tío abuelo nadie, si eso es a lo que te refieres —dijo—. No sé, como ya he dicho, qué es la Cosa. Pero si me preguntas cuál es mi conjetura, creo que la Cosa es un Elemental.

—Ahora deberás explicarte un poco más. ¿Qué es un elemental?

Una vez más sus ojos se dilataron.

—Tomará unos minutos —dijo—, pero escucha. Hay cosas buenas en este mundo, ¿no es así, y cosas malas? Supongo que el cáncer es malo, y el aire fresco es bueno; a honestidad es buena, mentir es malo. Los impulsos de algún tipo dirigen a ambos lados. Bueno, entré en este negocio del espiritismo de manera imparcial. Aprendí a esperar, a abrir la puerta al alma. Me dije: Cualquiera puede entrar. Y creo que algo ha solicitado admisión.

»La Cosa que golpeó y giró la mesa y encendió las luces, como creo que ya sabes, vino del otro lado. Ahora el control del principio del mal en el mundo está en manos de un poder que confía sus actos a las cosas que llamo Elementales. Oh, han sido vistos; y no dudo que se volverán a ver.

»No los invoqué. Solo abrí la puerta. Creo que la Cosa ha entrado en mi casa y está estableciendo comunicación conmigo. A esta altura solo quiero saber. ¿Qué es? En el nombre de Satanás, si es necesario, ¿qué es? Sólo quiero saber.

Lo que siguió podría ser fácilmente una invención de la imaginación. Fue lo siguiente:

Había un piano en el extremo más alejado de la habitación, junto a la puerta, y una

corriente repentina entró, tan fuerte que las cuerdas vibraron. Luego, el aire perturbó un jarrón de narcisos, y las cabezas amarillas asintieron. Por fin la ráfaga llegó a las velas, que se agitaron, ardiendo azules y tenues. Entonces me alcanzó. La corriente estaba fría, y me revolvió el pelo. Luego se alejó, por así decirlo, y se acercó a Louis, y su cabello también se movió, como pude ver. Entonces descendió hacia el fuego, y las llamas comenzaron repentinamente a crecer, volando hacia arriba. La alfombra junto a la chimenea también se sacudió.

—Interesante, ¿no?

—¿El Elemental ha subido por la chimenea? —pregunté.

—Oh, no —dijo—, la Cosa solo nos pasó de largo.

Entonces, de repente, señaló la pared justo detrás de mi silla, y su voz se quebró mientras hablaba.

—Mira, ¿qué es eso? —dijo—. Allí en la pared.

Considerablemente sorprendido, me volví en la dirección de su dedo tembloroso. La pared tenía un tono gris, pálido, y sobre ella se recortaba una sombra que se movía apenas. Era como la sombra de una enorme babosa, sin piernas, gorda, de unos dos pies de alto por unos cuatro pies de largo. Solo en un extremo había una cabeza, similar a la de una foca, con las fauces abiertas y la lengua jadeante.

Luego, mientras la miraba, se desvaneció y, desde algún lugar cercano, sonó otro de esos golpes demoledores.

Por un momento hubo silencio entre nosotros, y el horror fue espeso como la nieve en el aire. Pero, de alguna manera, ni Louis ni yo estábamos asustados. Todo era tan absorbentemente interesante.

—A eso me refiero con estar fuera de mi control —dijo—. Dije que estaba listo para cualquier visita, cualquier visitante y, por Dios, aquí está.

Incluso a pesar de la apariencia de esta sombra, estaba bastante convencido de que solo se trataba de un caso muy curioso de desorden cerebral, acompañado de la transferencia de pensamiento más vívida y notable. Creía que no había visto una sombra en forma de babosa en absoluto, pero que Louis había visualizado a esta terrible criatura tan intensamente que vi lo que él vio. También sabía que sus libros de basura espiritualista mencionaban esto como una forma común para los Elementales. Él, por otro lado, estaba más firmemente convencido de que estábamos tratando no con un fenómeno subjetivo, sino real.

Durante los siguientes seis meses nos sentamos constantemente a estudiar el fenómeno, allí, pero no progresamos demasiado. Ni la Cosa ni su sombra aparecieron nuevamente. Comencé a sentir que realmente estábamos perdiendo el tiempo.

Entonces se me ocurrió inducir un sueño hipnótico y ver si podíamos aprender algo más. Esto lo hicimos, sentados como antes alrededor de la mesa del comedor. La habitación no estaba muy oscura y pude ver con suficiente claridad lo que sucedió.

El médium, un hombre joven, se sentó entre Louis y yo, y sin la menor dificultad lo puse en un ligero sueño hipnótico. Al instante llegó una serie de los golpes más terroríficos, y al otro lado de la mesa se deslizó algo más palpable que una sombra, con una tenue luminosidad, como si la superficie estuviera ardiendo.

Por el momento, la cara del médium se contorsionó como una máscara de terror infernal; la boca y los ojos estaban desencajados, como enfocados en algo cercano a él. La Cosa, agitando la cabeza, se acercó cada vez más a él. El propio médium extendió una mano hacia su garganta. Luego, con un grito de pánico, se levantó, pero ya se había aferrado, y por el momento no pudo liberarse.

Simultáneamente, Louis y yo fuimos en su ayuda, y mis manos tocaron algo frío y viscoso. Tiramos con todas nuestras fuerzas, pero no pudimos desprendernos. Era como si alguien tratara de sujetar una especie de pelaje viscoso, y su contacto era horrible, inmundado. Luego, en una especie de desesperación, aunque todavía no podía creer que el horror fuera real, ya que debía ser la visión de una imaginación enferma, recordé que el interruptor de las cuatro luces eléctricas estaba cerca de mi mano. Las encendí todas.

Allí en el suelo yacía el médium, Louis estaba arrodillado junto a él, pero no había nada más allí. Solo el collar del médium estaba arrugado y desgarrado, y en su garganta había dos rasguños que sangraban.

El médium todavía estaba en un sueño hipnótico, y lo desperté. Se palpó el cuello, y lo encontró sangrando, pero, como esperaba, no sabía nada de lo que había pasado. Le dijimos que había habido una manifestación inusual y que, mientras dormía, luchó con algo. Habíamos obtenido el resultado que deseábamos, y estábamos muy agradecidos con él.

Nunca lo volví a ver. Una semana después, murió de envenenamiento de la sangre.

A partir de esa tarde data la segunda etapa de esta aventura.

La Cosa se había materializado (uso nuevamente el lenguaje espiritualista que, en ese entonces, detestaba). La enorme babosa, el Elemental, ya no se manifestaba a través de golpes, ni de sombras. Estaba allí en una forma que se podía ver y sentir. Pero,

¿esto fue realmente así? Quiero decir, probablemente se tratara de algo crepuscular, quizás completamente nocturno. Antes, el encendido repentino de la luz eléctrica nos había demostrado que allí no había nada. En esta lucha, tal vez el médium se había aferrado a su propia garganta, tal vez había agarrado la manga de Louis, la mía. Pero aunque me dije estas cosas a mí mismo, no estoy seguro de haberlas creído de la misma manera que creo que el sol saldrá mañana.

Ahora, como estudiante de funciones cerebrales y estados hipnóticos, tal vez debería haber perseguido de manera constante e incansable esta extraordinaria serie de fenómenos, pero tenía que atender mi práctica. Quizás esto ocultaba la certeza de que no tenía ninguna explicación para el fenómeno, así que me negué a participar en otra sesión con Louis.

Tenía otra razón, además.

Durante los últimos cuatro o cinco meses Louis se había vuelto depravado. No he sido mojigato ni puritano, pero el estado de Louis era completamente infame. Fue expulsado de un club por hacer trampa en las cartas, y me contó ese evento con entusiasmo. Se había vuelto cruel; torturó a su gato hasta la muerte. Se había vuelto bestial. Solía estremecerme al pasar por su casa, esperando no saber qué demonio me miraba desde la ventana.

Luego vino una noche, hace solo una semana, cuando un grito horrible me despertó. Vino de al lado. Corrí escaleras abajo en pijamas y salí a la calle. El policía de la esquina también lo había escuchado. Provenía del salón de la casa de Louis, cuya ventana estaba abierta. Juntos abrimos la puerta.

Dios, los gritos habían cesado un momento antes. Cuando llegamos ya estaba muerto. Tenía la yugular cortada, o mejor dicho, desgarrada.

Era de madrugada. Todavía estaba oscuro cuando regresé a mi casa, justo al lado. Mientras entraba, algo pareció empujarme, algo suave y viscoso. Esta vez no podría ser la imaginación de Louis. Desde entonces lo he visto cada noche. Me despiertan los golpes, y en las sombras en la esquina de mi habitación hay algo más sustancial que una sombra.

Dentro de una hora de mi partida de la casa del doctor Assheton, la tranquila calle despertó una vez más con gritos de terror y agonía. Él ya estaba muerto, al igual que su amigo, cuando entraron en la casa.